



Reseña

Los griegos y lo irracional, de Eric R. Dodds. Madrid: Alianza, 2019*

Juan Manuel Acevedo Carvajal[†]

Universidad del Quindío – Colombia

DOI: <https://doi.org/10.33975/disuq.vol10n2.742>

Cómo citar esta reseña: Acevedo Carvajal, J. (2021). Los griegos y lo irracional. Eric R. Dodds. Madrid: Alianza, 2019. *Revista Disertaciones*, 10(2), 87-95. <https://doi.org/10.33975/disuq.vol10n2.742>



Material publicado de acuerdo con los términos de la licencia Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives 4.0 International (CC BY-NC-ND 4.0). Usted es libre de copiar o redistribuir el material en cualquier medio o formato, siempre y cuando dé los créditos apropiadamente, no lo haga con fines comerciales y no realice obras derivadas.

* Recibido: 30 de agosto de 2021. Aceptado: 14 de octubre de 2021.

[†] Contacto: sinismos@hotmail.com

De una cultura de vergüenza a una cultura de culpabilidad

En su famoso estudio *Los griegos y lo irracional*, Eric R. Dodds asume el análisis de la mentalidad del hombre griego, su influencia innegable en el desarrollo de las sociedades modernas y las diferencias entre esa mentalidad y la que con base en ella se ha consolidado como característica del hombre occidental. La tesis fundamental del estudio es cuestionar la creencia general acerca del pensamiento griego como un pensamiento básicamente racional acerca de todos los aspectos de la vida, el comportamiento humano y la concepción del mundo. Dodds encuentra que existe un componente “irracional” en el modo griego de ver el mundo, cercano a la religión y a la superstición.

Es en ese contexto en el que surge la discusión acerca de las diferencias entre las culturas de vergüenza y de culpabilidad, entendidas como representaciones en las que caben todos los actos humanos. El capítulo del que nos ocupamos en estas notas contiene el desarrollo de la “cultura de culpabilidad” y discute las diferencias y relaciones con la “cultura de vergüenza”, al tiempo que trata de explicar los cambios históricos que produjeron esa transición.

La cultura de vergüenza

La cultura de vergüenza corresponde a la concepción homérica, ampliamente ejemplificada en la *Iliada*, la cultura de la culpabilidad corresponde a la “actitud religiosa de la época arcaica”, como desarrollo y transformación de las ideas homéricas. Esta no es, por supuesto, una división claramente delimitada, ni siquiera temporal, pues, como advierte Dodds, son muchos y muy complejos los casos de superposición de ambas actitudes hacia el mundo y la moral social y personal.

La cultura de vergüenza concibe las actitudes humanas irracionales como el producto de fuerzas sobrenaturales de muy diversas clases, con frecuencia arbitrarias, que

actúan determinando el accionar humano, y que se convierten así en fenómenos psíquicos reales. En este sentido, toda ética, entendida como norma colectiva, deriva del juicio social acerca de los actos humanos más que de algún criterio individual que oriente el comportamiento por sí mismo. Los dioses son, evidentemente, los portadores de esa visión total dentro de la cual cada comportamiento adquiere algún sentido. Sin embargo, los hombres no se sienten oprimidos por los dioses ni la voluntad divina se establece como fuerza abstracta que castiga los crímenes humanos.

Por ejemplo, al comienzo de la *Ilíada* Agamenón, máximo comandante de los griegos, pone en riesgo la guerra. Se roba la hija de un sacerdote de Apolo, lo que atrae la peste como castigo. Después de muchos estragos en las filas del ejército, Agamenón accede a devolver la joven a su padre. Cientos son los soldados muertos víctimas de la enfermedad. Sin embargo, no hay en Agamenón ningún sentimiento de culpa. Por el contrario, apenas se retira el sacerdote con su hija, Agamenón comete otra acción infame. Despoja a Aquiles de su esclava más querida. Caen nuevos males en el campo de los griegos cuando Aquiles se niega a seguir combatiendo, pero Agamenón se niega a devolver la muchacha. Incluso el mismo Agamenón no sintió culpa ni siquiera cuando sacrificó a una de sus hijas, Ifigenia.

La cultura de culpabilidad

Un primer rasgo de la cultura de culpabilidad es “la conciencia más viva de la inseguridad humana y de la condición desvalida del hombre” (40) frente a una divinidad dominante y celosa de la felicidad humana. Esta determinación se encuentra desde antes, pero adquiere ahora una especie de acento desesperado, “un énfasis nuevo y amargo en la futilidad de los propósitos humanos”. Esto se evidencia, por ejemplo, en el concepto de *phthonos* o envidia de los dioses, que se manifiesta en la sensación de que la divinidad es reacia a aceptar la felicidad en los hombres. La felicidad puede producir exceso de complacencia en los hombres, lo que trae como consecuencia el ajuste divino contra la soberbia. La envidia de los dioses adquiere entonces un carácter moral: es peligroso ser feliz.

En consecuencia, el temor a los dioses aumenta y las actitudes humanas se contienen para no despertar ese *phthonos*, limitando de cierto modo las ansias de felicidad para no provocar la ira divina. En la cultura de vergüenza, por el contrario, las acciones humanas no están delimitadas por ningún temor específico, y cuando de ellas se deriva un castigo esto ocurre sin afectar la conciencia de los hombres. Por eso los héroes homéricos son siempre iguales a sí mismos.

Zeus, agente de justicia

El segundo rasgo, derivado del primero, consiste en transformar lo sobrenatural en general y en concebir el papel de Zeus como agente de justicia. La divinidad asume el cuidado del bien y el castigo del mal en el mundo, como respuesta a la exigencia de justicia que se plantea el hombre: “El hombre proyecta al cosmos su propia exigencia de justicia social, y cuando de los espacios exteriores vuelve a él el eco engrandecido de su propia voz prometiéndole castigo para los culpables, saca de este valor y seguridad” (46). Un aspecto particular de este papel justiciero de la divinidad se manifiesta en el castigo especial que se prevé para los delitos contra los padres. Zeus protege a todas sus criaturas, a pesar de que los hombres siempre se están quejando de la divinidad, como lo dice el mismo Zeus en la *Odisea*:

*¡Ay, ay, ay! ¡Cómo acusan a los dioses,
en estos, nuestros días, los mortales!
Dicen que por nosotros son sus males,
aunque son ellos mismos quienes buscan,
con sus insensateces, las desgracias,
y en contra del destino prefijado.*

Es la acción humana la que, en últimas, llama a la acción divina o se provee de sus propias desgracias. Sin embargo, el hombre es consciente de que el mal se extiende en el mundo sin que, aparentemente, reciba un castigo. Decían los cristianos españoles en su

lucha contra los moros, abrumados por el triunfo de los infieles musulmanes sobre los protegidos de Dios: “Dios está a favor de los malos cuando son más que los buenos” (44). Pero la actitud griega deriva en otra formulación, la de la culpa que se extiende hacia las generaciones futuras como maldición heredada: “El pecador que salía con éxito en su vida sería castigado en sus descendientes, o [...] pagaría su deuda personalmente en otra vida” (44). La primera opción es la que se generaliza, concebida como culpa heredada, la cual se caracteriza por el castigo al inocente por la falta cometida por el criminal. Aquí se involucra el carácter solidario de la familia griega, que va desde la solidaridad en la sangre, en el honor, en el dolor y en la culpa que se hereda. La acción individual no es suficiente para la felicidad y la virtud y, por lo tanto, la responsabilidad personal no alcanza a ser considerada como factor que pueda emerger en la constitución de la persona, con deberes y responsabilidades distintos a los de la familia.

Como agente de justicia, Zeus pierde los rasgos de humanidad que lo habían caracterizado. Ya no está interesado sólo por su propio bien, como en la época homérica, sino que se constituye en juez de los actos humanos. Como fuerza más abstracta, la divinidad es ahora inspiradora de temor. Este “temor de Dios” se convierte así en una virtud.

Contaminación y purificación

El tercer rasgo de esta cultura se relaciona con “el temor universal de contaminación (*miasma*), y su correlato, el deseo universal de purificación ritual (*khátharsis*)” (52). La *khátharsis* se ritualiza y se hace más compleja. Si en la época homérica la contaminación no implicaba una culpa indeleble, en la Época Arcaica el miedo a la contaminación se generaliza por el carácter vago de la misma y sus orígenes indeterminados. Al contrario del sentimiento cristiano del pecado, que es producto de una acción voluntaria, la contaminación no parece depender ya de una acción intencional que la produzca sino de una casualidad o una herencia desconocida. La necesidad de castigo y purificación se entiende como consecuencia de nuestro origen y no por una culpa individual. La razón parece estar en la idea de una condición de culpabilidad original de la raza humana

En el concepto de contaminación se funden las ideas de “contaminación, maldición y pecado”, lo que lo convierte en un factor realmente poderoso que infunde terror en la conciencia humana. Al perderse la noción de causa identificable, la contaminación abrumba al hombre griego y lo obliga a desarrollar ritos muy complejos para limpiar la culpa innominada. De allí se llega a la aparición de la idea de “expiación” por transformaciones claramente explicables.

Una de esas transformaciones se evidencia en el empleo de la palabra *ate* (comportamiento irracional). Si primero significaba un castigo y señalaba el estado del espíritu pecador, ahora se extiende al producto de ese estado (sinónimo de “ruina” determinada por fenómenos sobrenaturales) y al instrumento de esa ruina. Un caso especial de *ate* es el que explica el comportamiento irracional y la ruina como producto de una maquinación a veces divina que hace perder el juicio a los hombres para aumentar las desgracias, como lo afirma el poeta: “Cuando la cólera de los demonios quiere hacer daño a un hombre, lo primero que hace es quitar de su mente el buen entendimiento y entregarle al peor juicio, de modo que no puede darse cuenta de sus propios errores” (57). Así, es fácil tomar el mal por bien, lo que resulta en una mente envuelta en su propia maraña de engaños. Es explicable, entonces, como lo señala el autor, que aun los mejores propósitos terminen en una desgracia ahondada por el deseo vehemente de salir de ella. El hombre llega a ser instrumento del *ate*, lo cual es causa permanente de zozobra.

A lo anterior se agrega la aparición de demonios cada vez más específicos que promueven el *ate* y la demonización de algunas pasiones y actitudes. Así, la esperanza y el miedo son “demonios peligrosos”, Eros es “un poder que pervierte al mal a la mente justa para su destrucción” (60). Estos demonios son externos a la conciencia y actúan sobre ella como entes vivos y poderosos. Otros demonios se constituyen en representación del destino inexorable que determina la vida de un individuo, como especie de demonio personal, ligado de modo indisoluble a su gloria o a su ruina como cualquiera otra de sus virtudes. En la evolución de esta idea aparece a veces como destino puro, voluntad divina o razón pura de Platón.

De la vergüenza a la culpabilidad

Finalmente, Eric R. Dodds se pregunta por las posibles causas histórico-culturales que determinaron el paso de la cultura de vergüenza a la cultura de culpabilidad. Luego de advertir que no es posible establecer una línea demarcatoria definitiva y ni siquiera unas causas claras, procede a proponer una respuesta basada en lo que los textos griegos nos presentan, teniendo en cuenta que esos mismos textos representan sólo la parte visible de unos factores culturales y son el resultado de una selección por parte de los autores. De ese modo, los textos no muestran la creencia tradicional sino la selección de los elementos de esa creencia que son apropiados a una época o público particular.

Un cambio cultural específico es el “innegable aumento de la ansiedad y del temor en la evolución de la religión griega” (64), ejemplificado en la acentuación de conceptos tales como el de contaminación y purificación, y la descripción del cielo divino como el sustrato del devenir histórico.

Además, indica Dodds. los conflictos sociales produjeron cambios en la estructura de la sociedad, recogiendo y dando realce a sentimientos ocultos en la mentalidad griega y generando un sentimiento de inseguridad que se manifiesta en el crecimiento del temor personificado en demonios y destinos prefijados. La percepción de la injusticia social pudo haber producido la creencia en una justicia divina que reivindique los males del hombre y castigue sus culpas. En resumen, la estabilidad social se hace precaria y esa precariedad se manifiesta en la visión de mundo y en las prácticas religiosas.

Otra explicación, que el autor considera muy justa, se refiere a la degradación de la familia patriarcal y a la disolución de la autoridad paterna: “Mientras permaneció inmovible el antiguo sentimiento de la solidaridad de la familia, el sistema probablemente funcionó” (66). Al perderse el vínculo fuerte de los lazos familiares, las tensiones al interior de la célula básica de la sociedad crecen y la estabilidad social sufre en consecuencia. Por eso se explica que los crímenes que afectan a la familia, como el parricidio, son objeto de culpas que sólo pueden expiarse del modo más trágico posible, en lo individual, en lo religioso y en lo social. Se debe tener en cuenta que en el mundo griego, al igual que en culturas posteriores, el padre terrenal tiene un correlato divino:

Zeus es el padre de los hombres. Es posible, por supuesto, como lo hace el autor, intentar una explicación freudiana de este fenómeno, lo que le da a la cultura de culpabilidad una dimensión universal y simbólica. El rompimiento del carácter sagrado del vínculo familiar se explica en parte por la aparición del individualismo que, como decíamos antes, implica el surgimiento de la voluntad y la responsabilidad, como se señala a continuación:

Es lógico conjeturar que tales conflictos existían ya, en el nivel inconsciente, desde una época mucho más temprana -que, en realidad, se retrotraen a los primeros movimientos inconfesados de individualismo en una sociedad en que todavía se daba por supuesta universalmente la solidaridad de la familia (57).

Aun cuando el autor no puede aportar pruebas objetivas sobre las causas de estos profundos cambios culturales, es evidente que los procesos que llevan de la cultura de vergüenza a la cultura de culpabilidad tienen sustento en los textos de la Época Arcaica e influenciaron poderosamente la mentalidad del hombre griego.

Conclusión

En la cultura griega se produjo una transformación religiosa y moral mediante la cual el concepto de culpa apareció como componente del pensamiento general, que luego se extendió a la filosofía, la reflexión moral y la literatura. Dicho concepto es por sí mismo profundamente significativo para la descripción del pensamiento religioso griego y su influencia en la visión de mundo del hombre occidental.

Tal como lo plantea Eric R. Dodds, en ese proceso influyeron múltiples factores que muestran la complejidad de los procesos culturales y la enorme influencia que el pensamiento religioso tiene en tales procesos.

En general, puede afirmarse que es la irrupción de la personalidad individual, contrapuesta al mundo homérico perfectamente cohesionado, la que empuja esos cambios en la medida en que el individuo es cada vez más consciente de su destino personal y de su vinculación con una divinidad cada vez más abstracta. Al perder los vínculos que lo

ligan al grupo social y a la familia, donde el espíritu individual encuentra refugio y las debilidades se diluyen, el hombre griego se debe enfrentar cada vez más solo a su destino.

Referencias

Dodds, Eric R. "De una cultura de vergüenza a una cultura de culpabilidad". En: *Los griegos y lo irracional*. Madrid: Alianza. 2019. Pp. 39-61.

Homero. *Iliada*. Madrid: Gredos, 1991.